

Aquisgrán y después de Pascua marchó contra el rebelde, obligándole a volverse a Baviera. A su regreso de aquella expedición cayó enfermo en Salz y se embarcó en el Main; pero cuando llegó a una isla cercana a Ingelheim, su mal se agravó y allí murió en 20 de junio de 840, después de haber recibido el Viático de manos del arzobispo Drogo. Ludovico Pío, como su padre Carlomagno, había repartido su tesoro, sus libros y sus ropas entre sus hijos, las iglesias y los pobres. Su cadáver fué trasladado a Metz y sepultado en la basílica de San Arnul, al lado de su madre Hildegarda.

II.—Guerra de los tres hermanos y tratado de Verdún (1)

Cuando Ludovico Pío comprendió que su fin se aproximaba, envió la corona y la espada adornada con piedras preciosas a Lotario, «con la condición de que sería fiel a Judith y a Carlos y de que dejaría a su hermano menor la parte de reino que ante Dios y los magnates le había él otorgado.» Pero Lotario reivindicó «el imperio que le había sido confiado en otro tiempo,» es decir, tal como lo recibiera según la constitución de 817. El 24 de julio estaba en Estrasburgo, y habiéndose negado a ejecutar el reparto de Worms que Judith le exigía, se unieron Carlos y Luis y estalló entonces la «Guerra de los tres hermanos.»

Al lado de Lotario agrupáronse la mayoría de los francos y los aquitanos que seguían el partido de Pipino II; al de Luis alamanes, sajones, thuringios y francos del Este, y al de Carlos los borgoñones y el resto de los aquitanos. Cada cual escogió su caudillo según su interés personal; los magnates se declararon por aquel de los tres hermanos que más tierras y dignidades les había prometido. «Los combatientes, como ha escrito un cronista del siglo IX, no eran desemejantes por sus armas ni distintos por sus costumbres ni por su raza; luchaban porque estaban en diferentes campos (*non armis dissimiles, non habitu gentis distincti, solum castris obversi*).» En la confusión que se producía, la mayor parte habían hallado ocasión de adquirir bienes y honores. Se ve, pues, claramente que la idea de unidad sólo estaba en la mente de unos pocos.

Lotario fué el primero que estuvo dispuesto, pero su indecisión habitual le impidió atacar a sus hermanos antes de que se juntaran. Celebró primeramente con Luis una entrevista al otro lado del Rin y firmó con él una tregua hasta la reunión de una próxima asamblea que acordara la paz, dirigiéndose luego contra Carlos; pero cuando estuvo a diez leguas de él, en las inmediaciones de Orleáns, firmó con él un tratado por el cual le cedía provisionalmente la Aquitania, la Septimania,

(1) FUENTES.—La parte de los *Annales de Saint-Bertin* reductada por Prudencio, obispo de Troyes. *Annales de Fulde*. Nithard, *Histoires*, edición Pertz, 1870. Agnellus, *Vie de Georges, archevêche de Ravenne*. Poemas de Florus, diácono de Lyon, y de Angilberto en los *Poeta latini ævi carolini*, tomos I y II.

OBRAS DE CONSULTA.—Fustel de Coulanges, *Les transformations de la royauté pendant l'époque carolingienne*, págs. 631 y siguientes. Meyer von Knonau, *Ueber Nithards vier Bücher Geschichten*, 1866. Pouzet, *La succession de Charlemagne et le traité de Verdun*, 1890. Schwartz, *Der Bruderkrieg der Söhne Ludwigs des Frommen und der Vertrag von Verdun*, 1843. Gasté, *Les Serments de Strasbourg*, 1888. Longnon, *Atlas historique de la France*, 1888.

la Provenza y diez condados entre el Loira y el Sena, y le citaba para el mes siguiente en Attigny.

Los dos hermanos dedicaron el invierno a reunir sus tropas, y a mediados de junio de 841 encontrábase en el país de Chalón, en tanto que Lotario estaba en el de Auxerre. Aquéllos enviaron a su hermano mayor tres embajadas exhortándole «a que devolviera la paz a la Iglesia de Dios;» el emperador pidió un plazo para reflexionar, pero lo que quería era dar tiempo a que llegaran los aquitanos de Pipino II; así es que cuando éstos se le juntaron, en 24 de junio, presentó la batalla, que se trabó el 25 en Fontanet, hoy Fontenoy-en-Puisaye, a treinta kilómetros al Sudoeste de Auxerre. Lotario combatió valerosamente, pero la llegada de uno de los leales de Carlos, el conde Warín, con los borgoñones determinó su derrota. Un cronista calcula las pérdidas de ambos bandos en 40.000 hombres, y el poeta Angilberto, que tomó parte en la acción, dice que «las vestiduras de los guerreros francos blanqueaban la llanura, como suelen hacerlo los pájaros en otoño.»

Luis y Carlos vieron en su victoria el juicio de Dios, y los obispos de su partido, congregados a petición suya, declararon que efectivamente Dios acababa de pronunciar su fallo. Sin embargo, la batalla de Fontenoy no era decisiva: «habíase hecho en ella gran carnicería, pero ninguno de los dos bandos había triunfado,» dice el monje autor de los *Anales de Lobbes*. Luis y Carlos se habían separado nuevamente, y Lotario intentó vencerlos uno después de otro: en el mes de agosto está en Maguncia é impide a Luis que atravesase el Rin; inmediatamente después se dirige contra Carlos, que se encuentra en Saint-Denis, pero no pudiendo arrojarle de esta posición y viendo que se aproxima el invierno, encamínase lentamente a Aquisgrán, adonde llega a principios de febrero de 842.

Entonces sus hermanos resolvieron unirse por medio de un juramento, obligatorio para ellos y para sus súbditos. En 14 de febrero de 842 congregan sus hombres en la llanura de Estrasburgo y les aren- gan, Luis en lengua tudesca y Carlos en romance, recordándoles que Lotario no ha querido reconocer el juicio de Dios, y que, aun después de su derrota, no ha cesado de perseguirlos y de cometer incendios, robos y asesinatos, y anunciándoles que, obligados por la necesidad y a fin de que sus pueblos no duden de la «firme fraternidad» que reina entre ellos, van a prestarse juramento en su presencia. Luis, que es el mayor, jura el primero:

«Por el amor de Dios, dice, y por la salud común del pueblo cristiano y del nuestro, a partir de este día y mientras Dios me dé saber y poder para ello, sostendré a mi hermano Carlos con mi ayuda y en todas las cosas, como se debe precisamente sostener a un hermano, a condición de que él haga otro tanto conmigo, y jamás pactaré con Lotario ningún arreglo que, por voluntad mía, sea en detrimento de mi dicho hermano Carlos.»

Esta fórmula, que pronunció en romance para que la entendieran los hombres de Carlos, la repitió éste en tudesco a fin de que le entendieran los hombres de Luis. Después, los dos pueblos, uno después de otro, hicieron cada cual en su lengua la declaración siguiente:

«Si Luis (ó Carlos) mantiene el juramento que ha prestado a su hermano Carlos (ó Luis), y Carlos (ó

Luis), mi señor, infringe por su parte el suyo, en el caso en que no pueda yo disuadirle de ello, no le prestaré ningún apoyo, ni yo ni nadie a quien yo pueda disuadir de prestárselo (1).»

Los dos hermanos se obsequiaban mutuamente con banquetes y juegos, pasaban los días juntos y trataban sus asuntos en común. En el mes de marzo marcharon contra Lotario y dispersaron las tropas que había establecido al Oeste de Coblenza para defender el paso del Mosela. El emperador salió de Aquisgrán y tomó, llevando consigo a su esposa y a sus hijos, el camino de Vienne por Chalons-sur-Marne y Lyon. Cuando sus hermanos, que tras de él iban, llegaron a Mellesey, cerca de Chalons-sur-Saone, recibieron de él embajadores que declararon, en nombre de su señor, «que éste había faltado con Dios y con ellos y no quería que hubiera más altercados entre ellos y el pueblo cristiano. Si consentían en cederle algo más de la tercera parte del reino, a causa del nombre de emperador que su padre le concediera y de la dignidad del imperio que su abuelo había añadido al reino de los francos, lo harían; si no, le darían únicamente la tercera parte, excepción hecha de la Lombardia, de Baviera y de Aquitania. Cada cual gobernaría su parte lo mejor que pudiera, con la protección divina; todos se prestarían benevolencia y socorro; reinaría la paz entre sus súbditos y habría entre ellos, a Dios gracias, paz perpetua.»

Acceptadas estas proposiciones, los tres reyes se dirigieron en 15 de junio a una isla del Saona próxima a Macón, escoltados por un número igual de nobles cada uno, y allí se obligaron a suspender las hostilidades y firmaron los preliminares de la paz. El 1.º de octubre debía reunirse en Metz una comisión de 120 miembros para proceder al reparto definitivo de la monarquía franca.

Firmóse el tratado en Verdún en agosto de 843, y si bien el documento oficial del mismo se ha perdido, a lo menos es posible reconstituir sus disposiciones principales. Lotario obtiene la Italia y la región comprendida entre los Alpes, el Aar y el Rin al Este, y el Ródano, el Saona, el Mosa y el Escalda al Oeste, es decir, esa faja de tierra de unos 1.500 kilómetros de largo por 200 de ancho que va desde el mar del Norte hasta el ducado de Benavento. Luis recibe las comarcas situadas al otro lado del Rin, excepto la Frisia, cedida a Lotario, y aquende el río, «a causa de la abundancia del vino,» las ciudades y los territorios de Espira, Worms y Maguncia. Carlos se queda con el resto «hasta España.» Este reparto parece, a primera vista, muy sencillo; pero en las fronteras, multitud de diócesis y de condados quedan cortados en dos, y el límite de las posiciones de Carlos *el Calvo* y de Lotario es incierto, porque no coincide con el curso de los ríos, sino que se

(1) He aquí el texto, en lengua romance, de estos dos monumentos, que son los primeros de nuestro idioma nacional:

«Pro Deo amur et pro christian poblo et nostro commun salvament, d'ist di en avant, in quant Deus savir et podir me dunat, si salvarai eo cist meon fradre Karlo, et in aiudha et in cadhuna cosa, si cum om per dreit son fradra salvar dist in o quid il mi altresi fazet; et ab Ludher nul plaid nunquam prindrai qui, meon vol, cist meon fradre Karle in damno sit.

«Si Lodhuwigs sagrament, que son fradre Karlo jurat, conservat, et Karlos, meos sendra de suo part lo suou frainit, si io returnar non l'int pois, ne io ne neuls cui eo returnar int pois, in nulla aiudha contra Lodhuwig nun li ier.»

separa del Escalda antes de llegar a Cambrai y se dirige en línea recta por el Mosa a Revin, sigue la dirección de este río a muchos kilómetros de su orilla izquierda, dando a Lotario el *pagus Castricensis* y el *pagus Mosomensis* (2), el Dormois, el Verdunois, el Barrois, el Ornois y el Basigny, y finalmente, después de haberse mantenido apartada del Saona, toca a este río más abajo de la confluencia del Salón, se confunde con su curso al través del condado de Chalons-sur-Saone, lo abandona nuevamente antes de llegar a Lyon, corre paralelamente a las Cevenas y se junta con el Ródano no lejos de su desembocadura.

En Verdún hubo también pactos políticos cuyo texto no ha llegado hasta nosotros, pero cuyo espíritu general conocemos; por virtud de ellos, Lotario conservaba el título de emperador, mas ya no tenía autoridad alguna sobre sus hermanos, convertidos en «pares» suyos; y cada uno de los tres reinos era independiente.

El imperio carolingio, tal como lo establecieron Carlomagno y la Constitución de 817, ya no existía; la mayor parte de sus antiguos defensores habían muerto y los sobrevivientes maldijeron en términos amargos aquella jornada de Fontenoy, en donde «cristianos se encarnizaron unos contra otros,» y en donde «las fuerzas de los francos, y también su virtud, sufrieron tal menoscabo que ya no bastaron no sólo para ensanchar los jalones de su imperio, pero ni siquiera para defender sus propias fronteras.» Para deplorar el tratado de Verdún, hasta un poeta encontró verdaderos acentos de elocuencia: «¡Ay!, exclama Floro. ¿Dónde está aquel imperio que se había impuesto la misión de unir por la fe razas extranjeras é inspirar a los pueblos domados el freno de la salvación? Ha perdido su honor y su nombre... En vez de un rey, hay un reyezuelo; en vez de un reino, fragmentos de reino (*Pro rege est regulus, pro regno fragmina regni*).»

El tratado de Verdún iniciaba la separación de la Italia, de la futura Francia y de la futura Alemania, y si bien no constituyó, propiamente hablando, las nacionalidades modernas, puede decirse que les dió el alerza (3). Los pactos de Worms de 839 habían anunciado ya un nuevo sistema de reparto inspirado en razones geográficas de las que hasta entonces nadie se preocupaba. La diferencia de lenguas, que se acentuaba de día en día, puso aún más de manifiesto la separación de los pueblos: el tudesco y el romance se hablaban indudablemente en los condados adjudicados a Lotario, pero los países de lengua romance figuraban principalmente en el lote de Carlos *el Calvo* y los de lengua tudesca en el de Luis *el Germánico*. La misma literatura histórica se dividió: la versión de los sucesos en los *Anales* llamados de Saint-Bertin es francesa; en los *Anales* de Fulda es alemana.

De este modo se anuncia por todo género de razones y de señales una nueva era en la historia, y las circunstancias prestan singular solemnidad al siguiente pasaje de un analista, que después de haber hablado del tratado entre los tres hermanos, dice: «Una vez hecha la paz y confirmada por juramento, cada uno vol-

(2) Los territorios de Mezières y de Mouzón.

(3) Véase Monod, *Du rôle de l'opposition des races et des nationalités dans la dissolution de l'empire carolingien*, «Annuaire de l'Ecole des Hautes Etudes,» 1896.

vió a su reino para gobernarlo y protegerlo.» Los nietos de Carlos, el emperador universal, tienen cada cual su reino. La patria de Carlos el Calvo es Francia.

Este gran nombre de *Francia*, cuya historia es hoy ya de que contemos, había seguido primeramente los destinos de los francos: la tabla de Peutinger lo inscribe en la orilla derecha del Rin inferior desde la confluencia del Main hasta la desembocadura de aquel río (1), llamándose todavía hoy Franconia, *Franken*,



Lauda sepulcral de Lotario I

una parte de este territorio. Los francos llevaron consigo la denominación *Francia* a la orilla izquierda del Rin, primero a Batavia, ocupada por Clodión, y después de las victorias de Clodoveo hasta el Loira. Cuando Clodoveo hubo expulsado a los visigodos de la región de Ultra-Loira y sus hijos hubieron conquistado a los burgundios los valles del Saona y del Ródano, estos dos países conservaron una individualidad marcada, y sin dejar de formar parte del *regnum Francorum*, continuaron siendo la Aquitania y la Borgoña. En la época merovingia, *Francia* es la región septentrional que se extiende desde el Rin hasta el Loira, sin distinción entre la Neustria y la Austrasia (2).

Era natural, sin embargo, que las denominaciones *Francia* y *regnum Francorum* se confundieran y así parece que sucedió en tiempo de Carlomagno, siendo entonces *Francia* el vasto imperio constituido por el hijo

(1) Véase anteriormente, págs. 255, 256 y también pág. 130.
(2) Véase anteriormente, pág. 303, nota 3.

de Pipino, á excepción, empero, de Italia, que seguía siendo un reino aparte, con una organización especial; quizás la oposición entre Italia y el resto de los Estados carolingios había hecho necesaria esta identificación. Por esto cuando los tratados de reparto, de que hemos hablado á propósito del reinado de Ludovico Pío, dividieron esos Estados en fajas longitudinales á las que no podían aplicarse las antiguas denominaciones de Neustria y Austrasia, por otra parte caídas en desuso, se adoptó la costumbre de distinguir las diversas fracciones del *regnum Francorum* según su situación geográfica, y se dijo: la Francia occidental, *Francia occidentalis*; la Francia central ó media, *media* (3) *Francia*, y la Francia oriental, *Francia orientalis*. Después del tratado de Verdún, la Francia occidental es la parte de Carlos el Calvo; la Francia media, la de Lotario; y la Francia oriental, la de Luis el Germánico.

El reino de Lotario no tenía consistencia y no tardó en ser repartido, como veremos, y disputado entre la Francia occidental y la oriental, con lo que desapareció la denominación *media Francia*. La de *Francia orientalis* subsistió más tiempo. Cuando en 811 fué asesinado el último carolingio que reinó en el reino del Este, Luis el Niño, sus sucesores se titularon únicamente *reges*, y de cuando en cuando, mientras eran al mismo tiempo reyes de Italia, se denominaron *rex Francorum et Longobardorum, imperator Francorum et Longobardorum* (4); pero en el lenguaje corriente se les designaba por el ducado de donde eran originarios y se decía, por ejemplo: rey de los sajones, rey de los alamanes, rey de los franconios. El país comprendido entre el Rin y el Elba, la futura *Deutschland*, abandonaba el nombre de Francia.

Este nombre seguía adherido, en la mente de los hombres, al país del Sena que había sido el verdadero centro de la monarquía merovingia, y aun poco á poco se fué estrechando de tal manera el sentido de la palabra, que en el siglo xv el «país» de Francia no fué más que la región situada entre el Oise y su afluente el Theve, el Sena, el Marne y su afluente el Beuvronne, que separan «la Isla de Francia» de los países vecinos, Valois, Vexin, Hurepois y Brie. La acepción, amplia, sin embargo, subsistió en tiempo de los Capetos: toda la región comprendida entre el Escalda y el Ebro, el Atlántico y el Mosa, es «el dulce reino de Francia» (5).

(3) Este nombre aparece en la *Regni divisio* de 831 (véase anteriormente, pág. 398). Cítanse en la *media Francia* el territorio de *Warenis* en la orilla derecha del Mosa, el de Voncq, Mezieres, el Porcien, Reims, Laón, el *Moselgau* y Tréveris. Según parece, la palabra sólo se aplica todavía á la región central del Norte, no comprendiéndose aún en ella la Borgoña. Sólo en tiempo de Lotario *media Francia* designa el reino intermediario.

(4) Véase Waitz, *Deutsche Verfassungsgeschichte*, segunda edición revisada por Seeliger, tomo VI, págs. 140 y siguientes.

(5) Respecto de la historia de la palabra Francia durante los primeros siglos de la Edad media, consúltense las antiguas disertaciones de Adriano de Valois (1675) y de Leboeuf (1740), pero sobre todo: Guérard, *Du nom de France et des différents pays auxquels il fut appliqué*, «Annuaire de la Société d'Histoire de France», 1849, págs. 152-168; Bourquelot, *Sens des mots France et Neustrie sous le régime mérovingien*, «Bibliothèque de l'École des Chartes», 1865, págs. 566-574; Longnon, *La Ile de France en las «Mémoires de la Société d'Histoire de Paris»*, tomo I, y *Atlas historique*, texto, págs. 48-49. Kurth, *La France et les Francs dans la politique du Moyen Age*, «Revue des questions historiques», 1895, I, págs. 337-356.

III.—El reino de Francia occidental (1)

Carlos el Calvo era un príncipe inteligente y activo y se acordaba de lo que había sido la autoridad real en tiempo de Carlomagno; así habla sin cesar en sus Capitulares del «honor debido al rey» y del «poder que conviene á su dignidad»; conoce á fondo la legislación de su padre y de su abuelo; sabe que los condes son sus representantes y que tiene el derecho de destituirlos; tiene conciencia de sus deberes y comprende que no ha de «obrar contra la equidad.» Su madre le había hecho dar una educación esmerada, conocía los autores sagrados y profanos y mostraba gran afición por las cosas de la inteligencia. En su corte brillaron los irlandeses Sedulio Scottus, poeta, prosista y músico, y Juan Scot, cuyas teorías sobre el libre arbitrio son todavía famosas. Carlos estimulaba los estudios griegos y poseía una rica biblioteca dirigida por Hilduino, más tarde abad de Saint-Bertin, que distribuyó en testamento entre su hijo Luis el Tartamudo y las abadías de Saint-Denis y de Saint-Corneille de Compiègne; regalarle bellos manuscritos avalorados con miniaturas, Biblias y Evangelios, era un medio seguro de agradarle. Herico, obispo de Auxerre, le promete una gloria eterna

(1) FUENTES.—*Annales de Saint-Bertin* redactados por Prudencio hasta 861 y por Hincmaro ó bajo su inspiración á partir de esta fecha. *Annales de Fulde. Oeuvres d'Hincmar*, en la Patrología latina de Migne, tomos CXXV-CXXVI. *Chronique de Regnon*, en los *Scriptores rerum germanicarum in usum scholarum*. Krause, *Capitularia regum Francorum*, tomo II. Acerca de las guerras de Bretaña, véanse además la *Chronique de Nantes*, edición Merlet, la *Vie de Saint Convoion* y el *Cartulaire de Redon*, publicado por de Courson con Prolegómenos. Las *Regesta imperii*, de Boehmer-Mühlbacher, no dan la cronología de los actos de Carlos el Calvo; la edición de los diplomas de este rey la está preparando actualmente la «Académie des inscriptions et belles-lettres.»

OBRA DE CONSULTA.—Dümmler, *Geschichte des ostfränkischen Reichs*, tomos I y II. Wenck, *Das fränkische Reich nach dem Verträge von Verdun*, 1852. Gfrörer, *Geschichte der ost- und westfränkischen Carolinger*, 1848. Parisot, *Le royaume de Lorraine sous les Carolingiens*, 1898. Poupardin, *Le royaume de Provence sous les Carolingiens*, 1901. Calmette, *La diplomatie carolingienne du traité de Verdun à la mort de Charles le Chauve*, 1901; *Étude sur les relations de Charles le Chauve avec Louis le Germanique*, en la «Moyen Age», 1899. Longnon, *Atlas historique*. La Borderie, *Histoire de Bretagne*, tomo II. R. Merlet, *Guerres d'indépendance de la Bretagne sous Nominot et Erispoé*, «Revue de Bretagne, de Vendée et d'Anjou», 1891.

La legislación de Carlos el Calvo, que fué muy numerosa, ha sido estudiada especialmente por Bourgeois, *Le Capitulaire de Kiersy-sur-Oise*, 1885, y ha sido objeto de importantes extractos y de observaciones interesantes en Fustel de Coulanges, *Les Transformations de la royauté pendant l'époque carolingienne*, y Leherou, *Histoire des institutions carolingiennes et du gouvernement des Carolingiens*.

Respecto de las invasiones normandas, se encontrarán indicadas las fuentes en Molinier, *Les sources de l'histoire de France*, tomo I, págs. 264-271. Las principales obras de consulta son: Depping, *Histoire des expéditions maritimes des Normands et de leur établissement en France*, 1844. Steenstrup, *Études préliminaires pour servir à l'histoire des Normands et de leurs invasions*, traducción del dinamarqués, 1880. Favre, *Études, compte de Paris et roi de France*, 1893; el autor inserta un apéndice importante sobre los normandos, en el cual resume los trabajos de los escandinavos y en particular los de Worsaae. Mabile, *Les invasions normandes dans la Loire et les pérégrinations du corps de Saint-Martin*, «Bibliothèque de l'École des Chartes», 1869. J. Lair, *Les Normands dans l'île d'Oselle*, en las «Mémoires de la Société archéologique de Pontoise et du Vexin», 1898.

«porque no sólo iguala á su famosísimo abuelo por su afición á los estudios inmortales, sino que le sobrepuja por su incomparable fervor:» en otro pasaje le llama «un filósofo.»

El reino de Francia occidental tenía al Norte, al Oeste y al Sur, límites naturales, como eran el mar del Norte, la Mancha, el Océano Atlántico, el Ebro y el Mediterráneo; en cambio, su frontera oriental era incierta y carecía en el interior de homogeneidad. Dos de sus provincias, la Bretaña y la Aquitania, eran países aparte, perfectamente distintos del resto por su lengua, por sus costumbres y por su historia. Este reino era también aquel en el cual más rápidos progresos hacía el naciente feudalismo; en él los magnates habían usurpado, durante las guerras civiles, bienes y derechos que pretendían conservar. En cuanto á los hombres libres que nada poseían, formaban allí partidas errantes (*vagi homines*) que vivían del bandolerismo.

La Francia occidental veíase saqueada por los normandos. Dábase este nombre en el siglo ix á los pueblos que habitaban la península escandinava y la actual Dinamarca y que ejercían la piratería, los de Suecia preferentemente en Rusia, los de Noruega en Escocia é Irlanda y los de Dinamarca en Inglaterra y Francia. Sus caudillos ó «vikings» eran nobles á quienes la pobreza del suelo había obligado á embarcarse «con rumbo á regiones más ricas y á un clima más suave.» Sus buques de guerra podían contener de sesenta á setenta hombres, llevaban un gran mástil con vela, tenían varias hileras de remos y ostentaban en la proa la figura esculpida de un dragón ó de cualquier otro monstruo de la mitología escandinava y en la borda varios escudos. Los guerreros eran guapos y de elevada estatura y en sus sepulturas se han encontrado collares, brazaletes de oro adornados con serpientes delicadamente cinceladas, espadas con guarda de plata y escudos con el centro artísticamente trabajado. Estos marinos, cuando desembarcaban, eran soldados excelentes; reinaba entre ellos una severa disciplina y conocían á fondo el arte de atrincherarse y todas las astucias de la guerra.

Francia, con sus caudalosos ríos que desembocaban en el Océano formando amplios estuarios y que corrían al pie de ricas abadías, ejercía sobre ellos poderosa atracción. Aparecieron por vez primera en la Mancha allá por el año 800; antes de 819 habían doblado el Finisterre y en 820 destruyeron Bouin, en la bahía de Bourgneuf. A partir de 834, la invasión, favorecida por las guerras civiles, se hizo más temible; en 12 de mayo de 841, Ruán es atacada y «los normandos devastan la ciudad á sangre y fuego, asesinan ó se llevan prisioneros á los monjes y á los habitantes, y saquean todas las abadías y las localidades situadas sobre el Sena, en donde reciben mucho dinero.» El monasterio de Jumièges es saqueado; el de Saint-Wandrille se libra de la devastación mediante un rescate. Al año siguiente, los piratas ocupan Quentovic y dando vuelta á la Bretaña llegan, en 24 de junio de 843, á Nantes, cuyos habitantes se refugian en la iglesia de San Pedro y San Pablo, cerrando las puertas con barricadas. Los paganos violentan la entrada y matan al obispo Gunhardo delante del altar de San Ferreol, regresan luego á sus buques con innumerables cautivos y en 29 de junio incendian el monasterio de Indre, que ya no volverá á